

neo.

José Enrique Gómez Álvarez  
Universidad Panamericana

Vittorio POSSENTI: *Dios y el mal*, Rialp, Madrid, 1997, 116 pp.

El libro constituye una valiosa aportación al estudio filosófico del problema del mal. Se trata de una reflexión profunda sobre tan debatido tema, a propósito de la posición crítica que adopta frente a las *nuevas teologías* de Luigi Pareyson y Hans Jonas. Su estudio consta de un poco más de cien páginas distribuidas en dos capítulos, un prólogo y un apéndice. La versión italiana apareció publicada hace tres años, la castellana hace uno.

Para Possenti, profesor de Historia de la Filosofía Moral de la Universidad de Venecia y autor de cerca de quince libros, sostiene que la inquietante pregunta por el mal es una pregunta que a todos nos concierne porque *"el mal constituye una inexorable posibilidad de la existencia humana (...) desde el mismo momento en que la limitación afecta a todas las cosas finitas"* (p. 10). Por ello es que desde la antigüedad clásica se plantea esa

pregunta lacerante: *¿por qué existe el mal?*. Testimonios en este sentido, los encontramos en el campo de la literatura (la mejor muestra son las tragedias griegas), en el de la filosofía (por ejemplo Plotino, que desde un saber especulativo-contemplativo, fue el primero en comprender la necesidad de elaborar una ciencia del mal), y por supuesto en el de la teología que, tomando en cuenta las fuentes de la Revelación —en particular la Biblia—, entresaca muchísimos textos donde junto al Dios Padre y Providente, el tema del mal, del pecado, del dolor y de la enfermedad, son una constante.

Possenti recoge esas claves que —junto con la meditación filosófica del mal en el pensamiento moderno y contemporáneo— le permiten articular —tomando como hilos conductores la teología de Pareyson y Jonas— un buen estudio sobre el mal y Dios, donde destacan en nuestros días como piedra de escándalo el *holocausto* de Auschwitz y los horrores de la guerra mundial. De aquí las preguntas: *¿qué es el mal?*, *¿de dónde viene?*, *¿cómo escapar de él?*, *¿qué implica plantear el problema del mal y la pregunta por la existencia de*

Dios?, ¿si existe el mal, existe Dios?, ¿por qué existe el mal? Esta última interrogante para muchos es la más importante y de su respuesta dependen diversas posiciones ante Dios y ante la vida. Para Possenti, sin embargo, la pregunta más importante es “¿por qué Dios ha creado?” (p. 11), cuya respuesta no depende del hombre sino que “sólo puede descender de Dios y El nos ha hecho vislumbrar” (*idem*), no a través de la razón sino de la revelación.

Por ello para Possenti “plantear el interrogante sobre el mal ante Dios, no resulta adecuado suscitarlo sólo dentro del círculo trascendental de la conciencia o de una religión immanente” (*idem*) porque no resulta plausible su explicación en virtud de que “ninguna astucia del pensamiento, ninguna sabiduría intramundana podría conmesurarse con esa desmesura constituida por el mal” (*idem*), por lo que se hace necesario un planteamiento más abierto y radical como lo es el de la alianza entre el *intellectus mundi* y el *intellectus fidei*, sin la cual es imposible plantear plausiblemente el problema del mal ante Dios, o dicho de otra

forma, del mal existiendo Dios. Y es que la inteligibilidad sobre el problema del mal y su victoria, no puede confiarse únicamente al esfuerzo especulativo del hombre por desentrañar sus raíces, formas y manifestaciones, sino “a la unión de contemplación y acción, de oración y lucha, incluida la pugna con Dios en la que se adentraron Jacob y Job” (p. 12), es decir, de manera personal y tomando en consideración el esfuerzo humano y la gracia venida de Dios.

La opción por el ateísmo planteada por otros en la inteligibilidad de este problema, resulta insuficiente, ya que al pretender la negación lógica de la existencia de Dios (no puede ser de otra manera) no se encuentra una salida o explicación al sufrimiento y no son derrotados ni el dolor ni el mal (y no es que Dios sea su causa), perdiéndose toda esperanza de una victoria final sobre ellos (cfr. p. 12). Por eso —plantea Possenti— la respuesta atea es totalmente infecunda, por lo que es necesario partir de una postura teísta si queremos hablar con sentido de Dios y el mal.

La meditación humana ante este problema, la plantea en tres

formas fundamentales:

1) La debilidad de Dios: Dios es bueno pero débil por lo que no puede impedir el mal. Dios —de algún modo— es aquí el correlato dialéctico del mundo porque —con Hegel— “*sin el mundo no existe Dios*” (*Ohne Welt kein Gott*), con lo cual se da una co-necesidad entre el mundo y Dios haciendo a éste último dependiente y débil ante el mundo y el problema del mal. En la mentalidad hebrea de Jonás, es este el punto de vista que adopta, articulando una propuesta que, aunque seria y novedosa, no deja de traer problemas delicados a la meditación judeo-cristiana ante tal cuestión. Para Jonas, el punto de partida es la *fiction* o mito cosmológico-teológico, con el que se separa conscientemente de la Biblia (cfr. p. 74), explicación que le resulta imprescindible en cuanto toma en consideración la tragedia de Auschwitz que “*al haber cuestionado la fe hebrea y el concepto de Dios como señor de la historia no puede ser comprendido con las categorías teológicas tradicionales*” (p. 72). Auswichtz obliga, según Jonás, a la más inaudita de las revoluciones que es la de *modificar el concepto de Dios*.

El mito de Jonás plantea que “*en un principio y por una elección inescrutable, Dios decide despojarse de la propia divinidad y abandonarse al devenir del cosmos, entrando en el espacio y en el tiempo; renuncia así al propio ser, para recuperarlo en la odisea del tiempo, pero transformado, transfigurado, en cuanto constituido por todo aquello que recoge en la imprevisible experiencia del devenir*” (*idem*). Aquí se manifiesta claramente un evolucionismo ascendente. Lo muestra con nitidez el siguiente texto escrito por Possenti: “*El Dios que se había despojado de sí mismo, hasta el punto de no recordarse, se despierta, adquiere una nueva forma y puede volver a alcanzar una experiencia de sí mismo. El devenir cosmogónico se configura (...) como una teogonía eterna en la que Dios vuelve a ser Dios*” (p.75).

Puede también vislumbrarse que el Dios que presenta Jonás, es un Dios que se hace hombre, que sufre, que se entristece (¿estaría pensando en Jesucristo?) y paralelamente, es un Dios en devenir “*carente de una esencia eternamente idéntica a*

*si misma*" (p. 76), con lo cual su noción de Dios es muy peculiar y claramente heterodoxa.

2) Otra postura en relación a este problema, es que Dios alberga en sí la oscuridad y huella del mal. Con ello quiere afirmarse que Dios no es sólo luz sino también —en algún sentido— oscuridad. Es luz y sombra, con lo cual recuerda, por un lado, al maniqueísmo de los primeros siglos cristianos y, por otro, lo que Possenti denomina "*un esquema bipolar dialéctico*" en "*el que todo proceso, incluida la vida intra-divina, engloba la existencia de los contrarios, correlativos entre sí y de algún modo interdependientes*" (p.13), donde ninguno de los dos puede describirse como real si se le considera aislado del otro. Ambos —Dios y mal— se co-necesitan. En este sentido claramente se ve que tampoco Dios es Dios, sino un correlato explicativo y por tanto lógico, del problema del mal. Es ésta la posición del último Pareyson quien en su reflexión filosófico-teológica considera que "*la oscuridad que en Él anida, se transforma en solicitud general del mal*" (p. 14) con lo cual Dios —sin ambajes— es el

origen y causa del mal, perdiéndose toda responsabilidad, en este sentido, por parte del hombre.

Aquí cabe una precisión: para Pareyson: la lucha entre el bien y el mal se da en el seno de la divinidad, en la que Dios escoge el primero pero donde no se excluye la posibilidad de que venza el segundo (cfr. p. 58). Es por eso que "*Dios debe conquistar la unidad mediante la superación de la dualidad que de algún modo le es inmanente*" (pp.58-59) por lo que —aclara— su posición no defiende un maniqueísmo donde desde el origen se dio la existencia de dos principios extremos: el bien y el mal, sino "*de la presencia de la dualidad en el interior de la unidad*" (p. 59). De una especie de *nemo contra Deum nisi Deus ipse*. Es por eso que —en opinión de Possenti— la postura de Pareyson lleva a una *reformulación del maniquesmo*, con lo cual estoy totalmente de acuerdo. En Pareyson se descubre una decidida tendencia a moverse dentro del círculo dialéctico de los contrarios donde "*con la asunción del mal en Dios, el mal acaba por revertirse con prerrogativas divinas, inacep-*

tables para la reflexión, y capaces de proveerlo de un esplendor oscuro y tenebroso que puede despertar en la debilidad humana morbosas connivencias" (p. 59). En este sentido se manifiesta directamente su fe luterana: todo desde el principio está inclinado al mal y en el hombre esa corrupción originaria le lleva a los peores crímenes y nunca definitivo triunfo sobre el mal.

3) Otra posición es la de los que piensan que Dios permite el mal moral que es realmente el verdadero mal porque desvía al hombre de su destino eterno, al extremo de que puede perderlo. Esto no ocurre porque Dios deje de ser *omnipotente y perfecto* al permitir el mal o porque en Él pudieran encontrarse sombras del mal, como plantea Pareyson, sino en virtud de la libertad humana que decide el destino y fin de nuestros actos. Esta es la respuesta ética al problema del mal en el hombre.

Possenti, sin embargo, no queda conforme con esa respuesta que "*depende del misterio individual e insondable del acto libre*" (p. 101) que transgrede una ley moral que en planteamientos como el kantiano es im-

personal. El filósofo italiano considera esa respuesta insuficiente ya que la verdadera respuesta, o la más completa, procede, sobre todo, de la religión o dicho de otra manera, de la *relación personal del hombre con Dios*. Para ello argumenta apoyándose en el Salmo 50 que dice: "*Contra Ti, contra Ti sólo pequé, lo que es malo ante tus ojos, eso yo lo he hecho*".

Es ésta, me parece, una de las notables aportaciones del estudio de Possenti porque con enorme lucidez en el tercer punto del capítulo II, hace ver las insuficiencias de una respuesta solamente filosófica a este problema que —como ya quedó dicho— linda para su completo planteamiento, entre dos ámbitos: el de la fe y el de la razón. Hacerlo solamente desde la razón siempre será insuficiente; hacerlo solamente desde la fe puede acarrear severos problemas, como es el caso de Pareyson y en menor proporción Jonás, pero ambos igualmente enraizados en las claves de la filosofía moderna más característica. Es sin embargo desde el *intellectus fidei*, desde donde se puede obtener una respuesta más cabal. Para demostrarlo, se remite a la medi-

tación de los grandes filósofos, entre los que destaco la posición de Tomás de Aquino para quien el mal de culpa, es decir, el mal libremente querido, es algo con lo que el hombre se encuentra, pero que al aceptarlo inaugura dentro de sí para hacerlo —en ese sentido— original para la raza humana. Esto significa que el mal de culpa tiene una historia, como se muestra, remitiéndose a la caída del Ángel que se convierte en *adversario* no solamente del hombre, sino también de Dios. Con su pecado —mal de culpa— tienta al hombre y lo hace caer en la llamada culpa original, donde puede advertirse que nuestros primeros padres en estado de inocencia, se encuentran con “*la figura de la serpiente que engaña y seduce al hombre*” (p. 95). Por esta razón —afirma Possenti apoyándose en un texto de Paul Ricoer— “*el hombre no comienza el mal, sino que se lo encuentra: para él empezar es en realidad continuar*” (p. 95).

En tal sentido, la reducción del problema a una simple visión ética conduce a un panorama moral donde sin negar que ha habido aportaciones importantes como por ejemplo la de Kant,

soslayan la importante respuesta a la cuestión de Dios y el mal por hacerla depender de un criterio de moralidad asentado en la observancia de una norma de conducta universal sustentada exclusivamente en el deber por el deber, que si bien tiene que ver categóricamente con la responsabilidad individual grabada en el centro del corazón humano, excluye positivamente, por prejuicios racionalistas, la importante y definitiva relación con Dios. Para el filósofo italiano, con un planteamiento como el anterior, quedan pendientes realidades tan importantes como la del perdón, la esperanza, la gracia, el sufrimiento etc. (cfr. p. 99), además de preguntas básicas como la de la retribución ante el sacrificio y el sufrimiento libremente querido y asumido, tendente a reconstruir el equilibrio que manifiesta la fe en el gobierno divino. Naturalmente que estos planteamientos sólo se entienden desde un contexto de fe sobrenatural y de una visión de eternidad donde el hombre es hijo de Dios y Dios, para redimirle del mal de culpa, muere en la *cruz* que para los ojos escépticos de cualquier ateo o deísta, es otro escándalo ininteligible —aunque

más lejano en el tiempo que Auswichz.

Con esta inserción del elemento religioso en la meditación sobre el mal, considera Possenti que *"el origen del mal moral como producido por la libertad, no sufre el menor rasguño: yo soy el autor del mal, éste es obra de mi libertad"* (p. 100), con lo cual me responsabilizo de mis actos, reconociendo la existencia de la ley moral y de mi obligación con respecto a ella. Un testimonio en este sentido es el Rey David que en el salmo 50 afirma dirigiéndose a Dios: *"Lo que es malo ante tus ojos, lo he hecho yo"*, respuesta que como eco podemos hacerle llegar a Pareyson que asienta en el seno de la divinidad el origen del mal. El ejemplo de David es, por otro lado, el reconocimiento de la relación personal del hombre con Dios, no de una relación impersonal y fría como puede sostener cualquier pensamiento deísta. Desde la perspectiva cristiana —y aquí con Santo Tomás y San Agustín—, reconociendo la objetividad de la ley moral y la interioridad de mi conciencia, esa conciencia me remite a Aquél a quien debo rendirle cuentas y que me acoge amorosamente y que

no es otro más que Dios. Solamente en esta relación personal del hombre con Dios cabe cierto nivel de entendimiento del problema del mal y sus consecuencias así como la conversión profunda que trae consigo el arrepentimiento, el perdón, la esperanza y la salvación.

Es por esto que las propuestas teológicas de Hans Jonas y Luigi Pareyson le parecen a Possenti, *"dos intentos de transformar el concepto de Dios, hasta concebirlo -y aquí con palabras de H. Jonas- de una manera radicalmente nueva"* (p.112). Ambos autores —señala Possenti— recurren al mito interpretando de acuerdo a sus intereses, la narración bíblica y la pretensión de *"asistir presencialmente al hacerse del Absoluto y describir sus fases, alejándose de la teología clásica"* (*idem*), con lo cual sus enfoques, más que inspirados en el pensamiento judeocristiano, encuentran su apoyatura en una nueva teología en dependencia directa de paradigmas emanados de la filosofía moderna, en particular de Kant y Hegel.

*Hortensia Cuéllar*  
*Universidad Panamericana*

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.